

á la opresion, y de adversidad, que es la que hace los grandes hombres. Todo bajo del cielo tiene un principio.

«Amamos la vida oscura. ¡Ambiciosos, id á pasearos en el cementerio en donde duermen juntos los conjurados y los tiranos: decidios entre la fama, que es el ruido de las lenguas, y la verdadera gloria, que es la estimacion de si mismo! Arrojad fuera de vuestro suelo á los que restrañan la tiranía: el universo no es inhospitalario. Habria injusticia en sacrificarle todo un pueblo, ó inhumanidad en no distinguir los buenos de los malos. ¿Se acusa al gobierno de diadura? ¿Desde cuándo los enemigos de la revolucion tienen tanta solieitud por el mantenimiento de la libertad? Nadie hubo en Roma tan desvergonzado para reprender la severidad que Ciceron desplegó contra Catilina. Solo César sintió á aquel traidor. ¡A vosotros toca imprimir al mundo el sello de vuestro genio! Formad instituciones civiles, en las cuales aun no se ha pensado. Y por esto proclamareis la perfeccion de vuestra democracia. No dudar Todo lo que en el día de hoy existe á nuestro alrededor, debe acabar, porque todo lo que existe alrededor nuestro es injusto. La libertad llenará al mundo. ¡Que desaparezcan las facciones! ¡Que la Convencion solo domine sobre todos los poderes, y que los revolucionarios sean romanos y no bárbaros!»

## XIX.

Estas máximas líricas parecia que prometian en medio de los horrores de la época, la serenidad en el porvenir. La Convencion las aplaudia con delirio, porque estaba cansada del rigor, acogiendo los menores presentimientos de clemencia y aspirando á constituir.

Robespierre y sus amigos se adelantan á la Conven-

cion en aquellos sentimientos. Sabian que las palabras de Saint-Just, no eran sino las confidencias del señor llevadas á la tribuna para provocar el estado de la opinion. En Robespierre habia dos hombres: el enemigo del orden antiguo y el apóstol del nuevo. La muerte de Danton habia terminado el primero, y estaba impaciente por tomar el segundo. Cansado ya de suplicios, queria segun dijo, asentar al gobierno sobre la moral y la virtud, que son los dos fundamentos del alma. Para que la moral y la virtud no fuesen palabras sin sentido y no significasen el vacío, era necesario descubrir al pueblo la idea grande de Dios, que es el único que puede dar sentido á la virtud. La ley no es nada sino es la expresion de la voluntad humana; y es necesario para hacerla santa que sea la expresion de la voluntad divina. La obediencia á la ley no es mas que la *servitud*; lo que constituye el *deber*, es el sentimiento que hace remontar esta obediencia á Dios. Así, de tiranía que es á los ojos del ateo, la sociedad se convierte en religion á los ojos del deista. Este título haciendo santa á la ley, la hace tambien mas fuerte porque por juez y por vengador tiene á Dios.

La idea de Dios, este tesoro comun á todas las religiones de la tierra, habia sido destruida y abatida en la ruina de las creencias; habia sido mutilada y reducida á polvo en el espíritu del pueblo por las proscripciones y por las parodias del culto católico que Hebert y Chauvete habian provocado contra los templos, los sacerdotes y las ceremonias religiosas. El pueblo, que confunde fácilmente el símbolo con la idea, habia creído que Dios era una preocupacion anti revolucionaria. La república parecia haber quitado la inmortalidad del alma de su territorio y de su cielo. El ateísmo predicado abiertamente, era para los unos la venganza de su largo vasallage á un culto repudiado por ellos, y por los otros una teoría favorable para todos los crímenes. El pueblo al sacudir aquella cadena divina de la fé de Dios que retenia su conciencia,

estaba en la persuasión que sacudia al mismo tiempo todos los lazos del deber. El terror sobre la tierra debía reemplazar la justicia en el cielo. Ahora que querían separar el cadalso é inaugurar instituciones, era necesario infundir al pueblo una conciencia. Una conciencia sin Dios es un tribunal sin juez. La luz de la conciencia no es otra cosa que la reverberacion de la idea de Dios en el alma del género humano. Estinguid la idea de Dios y dejáis sin luz al hombre, porque por casualidad puede tomar la virtud por el crimen y el crimen por la virtud.

## XX.

Robespierre conocia profundamente estas verdades. Es necesario decirlo aunque repugne el creerlo, no las conocia solamente como político que toma una cadena al cielo para sujetar con mas seguridad á los hombres; las conocia como sectario que se inclina el primero ante la idea que pretende hacer adorar al pueblo. Hay algo de Mahoma en estas ideas. La hora de la reconstrucción empezaba; queria reconstruir ante todo el alma de la nación. Con la misma mano con que él la daba todo el poder, era necesario darla toda la luz. Una república que no debía tener otra soberanía que la moral debía sostenerse enteramente sobre un principio divino.

En el estado de desorganización intelectual y de descrédito de las ideas religiosas en que los filósofos materialistas del siglo XVIII, los girondinos que fueron sus discípulos, y los ateos sus verdugos, habia hecho descender al espíritu público; en frente de Collot de Herbois, cómico feroz; de Barrere, escéptico burlesco; de Billaud Varennes, demolidor implacable; de Lequinio materialista descarado; de los amigos de Hebert, de los comensales de Danton y de aquella turba de hombres indife-

rentes á todos los cultos que pertenecían á las comisiones y á la Convencion, no faltaba mas que el prestigio de Robespierre para arrostrar la risa ó la ira que semejante tentativa corria riesgo de hallar en la opinion. Tampoco queria detener el terror sino despues de aquel acto. Conocia que habia por cima de él una gran verdad, y en aquella verdad una gran fuerza. El se atrevió: pero se atrevió no obstante, no sin titubear y no sin valor. «Yo, se, dijo á uno de sus amigos, que puedo ser destruido por la idea que voy á hacer resaltar en la cabeza del público.» Muchos de sus amigos le aconsejaron que no intentara aquella empresa; pero él se obstinó. Al principio de abril fué á pasar algunos dias al bosque de Montmorency, y visitó con frecuencia la cabaña que Juan Jacobo Rousseau habia habitado. En aquella casa y en su jardín fué en donde concluyó sus informes, bajo aquellos mismos árboles en donde su maestro habia tan magníficamente escrito de Dios.

## XXI.

El 18 floreal subió á la tribuna con su informe en la mano. Jamás, dijeron los que sobrevivieron á aquel dia, su actitud habia manifestado tanta tension de voluntad. Jamás su voz habia salido de su alma con un acento de autoridad moral mas solemne. Parecia que hablaba, no como un tribuno que subleva ó acaricia á un pueblo, ni aun como el legislador que promulga leyes percederas, sino el mensajero que anuncia á los hombres una verdad. El legislador que restaura en el corazon humano una idea oscurecida ó mutilada por los siglos parecia en aquel momento á Robespierre igual al filósofo que la concibe. La Convencion silenciosa y recogida, unos por te-

mor y otros por respeto, tenia el aspecto de la gravedad de la idea que iba á conocer.

«Ciudadanos, dijo Robespierre, despues de un exordio decorado con las circunstancias: toda doctrina que consuela y que eleva las almas debe ser acogida; rechazad todas las que tiendan á degradarlas y á corromperlas. Reasumid, exaltad todos los sentimientos generosos y todas las grandes ideas morales que se ha querido distinguir. ¿Quién te ha dado la mision de anunciar al pueblo que la Divinidad no existe, ó tú que te apasionas por aquella árida doctrina y que no te apasionas por la patria? ¿Qué ventaja encuentras tú en persuadir al hombre que una fuerza ciega preside sus destinos y hiero por casualidad el crimen y la virtud? Qué, ¿su alma no es mas que un soplo lijero que se desvanece á la orilla del sepulcro?

«La idea de la nada le inspirará sentimientos mas puros y mas elevados que la de su inmortalidad? ¿Le inspirará mas respeto para sus semejantes y para sí mismo, mas sacrificios por la patria, mas audacia para resistir á la tiranía y mas desprecio por la muerte? Vosotros que llorais la falta de un amigo verdadero, ¿pensais que la parte mas pura de sí mismo no se ha librado de la muerte? Vosotros que suspirais al lado de la tumba de un hijo ó de una esposa ¿os consolais porque os digan que no queda de ellas mas que un vil polvo? Desgraciados que espirais á los golpes de un asesino, vuestros últimos suspiros ¿no son una súplica á la justicia eterna? La inocencia sobre el cadalso hace palidecer al tirano sobre su carro de triunfo. ¿Tendria este ascendiente, si el sepulcro igualase al opresor y al oprimido? Quanto mas el hombre está dotado de sensibilidad y de genio, mas se apega á las ideas que engrandecen su ser y que elevan su corazon, y la doctrina de los hombres de este temple se convierte en la del universo.

«La idea del Ser Supremo y de la inmortalidad del

alma, es una llamada continua á la justicia: ¿esta idea es pues republicana! (Aplausos.) No sé que ningun legislador se haya empeñado en nacionalizar el ateismo, sé que los mas sábios, aun entre sí, han permitido mezclar con la verdad algunas ficciones, sea para berir la imaginacion de los pueblos ignorantes, sea para unirlos mas fuertemente á sus instituciones. Licurgo y Solon recurrieron á la autoridad de los oráculos, y Sócrates mismo para acreditar la verdad entre sus conciudadanos, se creyó obligado á persuadirles que se las inspiraba un genio familiar.

«Vosotros no conclureis de esto, sin duda que será necesario engañar á los hombres para instruirlos, pero solamente que sois dichosos por vivir en un siglo y en un pais cuyas luces no nos dejan otro deber que cumplir que llamar á los hombres á la naturaleza y á la verdad.

«Vosotros os guardareis bien de romper el nudo sagrado que los une al autor de su ser.

«¿Y qué es lo que los conjurados han puesto en lugar de lo que han destruido? Nada, sino es el caos, el vacio y la violencia. Desprecian demasiado al pueblo para tomarse la pena de persuadirlo: en lugar de ilustrarlo, no quieren sino irritarlo y depravarlo.

«Si los principios que ha desenvuelto hasta aqui son errores, al menos me engaño con todo lo que el mundo reconocia. Tomemos lecciones de la historia. Reparad, os ruego, como los hombres que han influido sobre los destinos de los Estados, se determinaron por el uno ó por el otro sistema opuesto por su carácter personal ó por la naturaleza misma de sus miras políticas. Ved con que profundo arte César arengando en el senado romano en favor de los cómplices de Catilina, se estravia en una digresion contra el dogma de la inmortalidad del alma: ¿tanto le parecian estas ideas propias á extinguir en el corazon de los jueces la energía de la virtud, y tanto la causa del crimen le parecia ligada á la del ateismo! Por el con-

trario Ciceron, invocaba contra los traidores la cuchilla de la ley y el rayo de los dioses. Sócrates al morir hablaba á sus amigos de la inmortalidad del alma. Leonidas en las Termopilas, cuando con sus compañeros de armas se halla en el momento de ejecutar la empresa mas heroica que la virtud humana haya concebido jamás, los invita para que al otro dia asistan á un banquete en una nueva vida. Hay mucha distancia de Sócrates á Chaumette y de Leonidas al Padre Duchesne. (Aplausos.)

«Un hombre grande, un verdadero héroe, se estima demasiado á si mismo para complacerse en la idea de la nada. Un malvado, despreciable á sus propios ojos y horrible á los de los demas, conoce que el mejor presente que le puede hacer la naturaleza es la nada. (Aplausos.)

«Una secta propaga con mucho celo la opinion del materialismo que prevalece entre los grandes y bellos espiritus: se les debe en gran parte esta especie de filosofia práctica, que erigiendo al egoismo en sistema, mira la sociedad humana como una guerra de ardidés, el éxito como la regla de lo justo y de lo injusto, la probidad como un negocio de gusto y de comodidad y el mundo como el patrimonio de diestros picaros.

«Entre los que en el tiempo de que hablo se señalaron en la carrera de las letras y de la filosofia, un hombre, Rousseau, por la elevacion de su alma y por lo grande de su carácter, se mostró digno del ministerio de preceptor del género humano. Hablaba con entusiasmo de la divinidad, su elocuencia varonil y próbida, pintaba con rasgos de fuego los encantos de la virtud, defendiendo los dogmas consoladores que la razon dá por apoyo al corazon humano. La pureza de su doctrina sacada de la naturaleza y en el profundo aborrecimiento del vicio, tanto como de su invencible desprecio por los sofistas intrigantes que usurpaban el nombre de filósofos, le atrajo el odio y la persecucion de sus rivales y de sus falsos amigos. ¡Ah! ¡si hubiese sido testigo de esta revolucion

de que fué precursor y que lo ha llevado al Panteon, ¿quién podrá dudar que su generosa alma hubiese abrazado con trasporte la causa de la justicia y de la igualdad? Pero ¿qué han hecho por ella sus cobardes adversarios? Han combatido la revolucion desde el instante que han sabido que iba á elevarse el pueblo por cima de ellos.

«¡El traidor Guadet denunció á un ciudadano por haber pronunciado el nombre de la Providencia! ¡Hemos oido algun tiempo despues á Hebert acusar á otro por haber escrito contra el ateismo! ¿No han sido Vergniaud y Gensonné los que en vuestra misma presencia y en vuestra tribuna peroraron con calor para desterrar del preámbulo de la Constitucion el nombre del Ser Supremo que vosotros pusisteis? Danton que sonreia de piedad á las palabras virtud, gloria y posteridad; Danton, cuyo sistema era envilecer todo lo que podía elevar al alma; Danton, que era frio y mudo en los mayores peligros de la libertad y hablaba despues con mucha vehemencia en favor de la misma opinion.

«¡Fanáticos, no esperéis nada de nosotros! Llamar á los hombres al culto puro del Ser Supremo es dar un golpe mortal al fanatismo. Todas las ficciones desaparecen ante la razon. Sin contradiccion, sin persecucion, todas las sectas deben confundirse por si mismas en la religion universal de la naturaleza. (Aplausos.)

«¡Sacerdotes ambiciosos, no esperéis que trabajemos en restablecer vuestro imperio! Semejante empresa sería muy superior á nuestro poder. (Aplausos.)

«Os habeis asesinado á vosotros mismos, y no se vuelve mas á la vida moral, como tampoco á la existencia física.

«Y por otra parte ¿qué hay de comun entre los sacerdotes y Dios? ¿Cuán diferente no es el Dios de la naturaleza del Dios de los sacerdotes? (Repetidos aplausos.) No conozco cosa mas semejante al ateismo que las religiones que han creado: á fuerza de desfigurar al Ser Su-

premo, le han rebajado tanto como ellos han querido; tan pronto han hecho de él un globo de fuego, tan pronto un buey, tan pronto un árbol, tan pronto un hombre, y tan pronto un rey. Los sacerdotes han creado un Dios á su imagen, ellos lo han hecho celoso, caprichoso, ávido, cruel, implacable; ellos lo han tratado como antiguamente los mayordomos de palacio trataban á los descendientes de Clovis para reinar en su nombre y ponerse en su lugar; ellos lo han relegado al cielo como en un palacio y no lo han llamado á la tierra sino para pedir en su provecho las riquezas, los honores, los placeres y el poder. (Vivos aplausos.)

«El verdadero sacerdote del Ser Supremo es la naturaleza, su templo el universo, su culto la virtud, sus fiestas la alegría de un gran pueblo reunido bajo sus ojos para estrechar los dulces nudos de la fraternidad universal, y presentarle el homenaje de corazones sensibles y puros.

«Dejemos los sacerdotes y volvamos á la Divinidad; (aplausos) establezcamos la moral en bases eternas y sagradas; inspiremos al hombre un sentimiento profundo de sus deberes y que es la sola garantía de la felicidad social.

«¡Desgraciado el que busque extinguir este sublime entusiasmo y ahogar por desconsoladoras doctrinas el contento moral del pueblo, que es el principio de las grandes acciones! A vosotros toca, representantes del pueblo, á vosotros pertenece hacer triunfar las verdades que acabamos de desenvolver. Despreciad los clamores insensatos de la presuntuosa ignorancia ó de la perversidad hipócrita. ¡Cuál es, pues, la depravacion de que estamos rodeados si no hemos tenido valor para proclamarlas! ¡La posteridad podrá creer que vencidas las facciones tendrían la audacia hasta acusarnos de moderantismo y de aristocracia para haber llamado la idea de la Divinidad y de la moral? ¡Creerá que se ha atrevido á

decir hasta en este recinto que habíamos retrocedido la razon humana á muchos siglos?

«No nos admiremos, pues, si todos los malvados ligados contra nosotros os parece que nos preparan la cicutá, pero antes de beberla salvaremos á la patria. (Aplausos. La nave que lleva la fortuna de la republica, no está destinada á naufragar; boga bajo vuestros auspicios y las tempestades se verán forzadas á respetarla. (Nuevos aplausos.) Los enemigos de la republica son todos los hombres corrompidos. (Aplausos.) El patriota no es otra cosa que un hombre probo y magnanimo en toda la fuerza de la expresion. (Aplausos.) Es poco destruir á los reyes, es menester hacer respetar á todos los pueblos, el carácter del pueblo francés. Será inútil que llevemos á los confines del universo la fama de nuestras armas, si todas las pasiones destrozán impunemente el seno de la patria. Desconfiemos de la embriaguez misma del suceso. Seamos terribles en los reveses, modestos en los triunfos (aplausos); y afirmemos en medio de nosotros la paz y la dicha por la sabiduría y la moral. Ved el verdadero objeto de nuestros trabajos, ved la tarea mas heroica y mas difícil. Creemos concurrir á este objeto proponiéndoos el decreto siguiente:

«Artículo 1.º El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma.

«Artículo 2.º Reconoce al mismo tiempo que el culto mas digno del Ser Supremo es la práctica de los deberes del hombre.»

## XXII.

Unánimes aplausos acogieron este regreso de la revolucion á la idea de Dios. Se decretaron fiestas para llamar al hombre á la idea de la inmortalidad y á sus con-

premo, le han rebajado tanto como ellos han querido; tan pronto han hecho de él un globo de fuego, tan pronto un buey, tan pronto un árbol, tan pronto un hombre, y tan pronto un rey. Los sacerdotes han creado un Dios á su imagen, ellos lo han hecho celoso, caprichoso, ávido, cruel, implacable; ellos lo han tratado como antiguamente los mayordomos de palacio trataban á los descendientes de Clovis para reinar en su nombre y ponerse en su lugar; ellos lo han relegado al cielo como en un palacio y no lo han llamado á la tierra sino para pedir en su provecho las riquezas, los honores, los placeres y el poder. (Vivos aplausos.)

«El verdadero sacerdote del Ser Supremo es la naturaleza, su templo el universo, su culto la virtud, sus fiestas la alegría de un gran pueblo reunido bajo sus ojos para estrechar los dulces nudos de la fraternidad universal, y presentarle el homenaje de corazones sensibles y puros.

«Dejemos los sacerdotes y volvamos á la Divinidad; (aplausos) establezcamos la moral en bases eternas y sagradas; inspiremos al hombre un sentimiento profundo de sus deberes y que es la sola garantía de la felicidad social.

«¡Desgraciado el que busque extinguir este sublime entusiasmo y ahogar por desconsoladoras doctrinas el contento moral del pueblo, que es el principio de las grandes acciones! A vosotros toca, representantes del pueblo, á vosotros pertenece hacer triunfar las verdades que acabamos de desenvolver. Despreciad los clamores insensatos de la presuntuosa ignorancia ó de la perversidad hipócrita. ¡Cuál es, pues, la depravacion de que estamos rodeados si no hemos tenido valor para proclamarlas! ¡La posteridad podrá creer que vencidas las facciones tendrían la audacia hasta acusarnos de moderantismo y de aristocracia para haber llamado la idea de la Divinidad y de la moral? ¿Creerá que se ha atrevido á

decir hasta en este recinto que habíamos retrocedido la razon humana á muchos siglos?

«No nos admiremos, pues, si todos los malvados ligados contra nosotros os parece que nos preparan la cicutá, pero antes de beberla salvaremos á la patria. (Aplausos.) La nave que lleva la fortuna de la república, no está destinada á naufragar; boga bajo vuestros auspicios y las tempestades se verán forzadas á respetarla. (Nuevos aplausos.) Los enemigos de la república son todos los hombres corrompidos. (Aplausos.) El patriota no es otra cosa que un hombre probo y magnanimo en toda la fuerza de la expresion. (Aplausos.) Es poco destruir á los reyes, es menester hacer respetar á todos los pueblos, el carácter del pueblo francés. Será inútil que llevemos á los confines del universo la fama de nuestras armas, si todas las pasiones destrozan impunemente el seno de la patria. Desconfiemos de la embriaguez misma del suceso. Seamos terribles en los reveses, modestos en los triunfos (aplausos), y afirmemos en medio de nosotros la paz y la dicha por la sabiduría y la moral. Ved el verdadero objeto de nuestros trabajos, ved la tarea mas heroica y mas difícil. Creemos concurrir á este objeto proponiéndoos el decreto siguiente:

«Artículo 1.º El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma.

«Artículo 2.º Reconoce al mismo tiempo que el culto mas digno del Ser Supremo es la práctica de los deberes del hombre.»

Unánimes aplausos acogieron este regreso de la revolucion á la idea de Dios. Se decretaron fiestas para llamar al hombre á la idea de la inmortalidad y á sus con-

secuencias. La primera y la mas solemne se debia celebrar diez dias despues de aquella profesion de fé.

Algunas diputaciones de la sociedad de los Jacobinos felicitaron á la representacion por haber hecho remontar la justicia y la libertad á su origen. Cambon, cristiano integro y convencido, pidió que los templos fuesen vengados de las profanaciones del ateísmo; Couthon en un discurso entusiasta, desafió á los filósofos materialistas á que negasen al Soberano árbitro del universo ante la magestad de sus obras, y negar la Providencia ante la regeneracion del pueblo envilecido. El espectáculo de aquel hombre enfermo y moribundo, sostenido en la tribuna en brazos de dos de sus colegas y confesando en medio de la sangre vertida su juez en el cielo y la inmortalidad de su alma, atestiguaba en Couthon la fé fanática que le ocultaba á sí mismo la atrocidad de los medios por la santidad del objeto.

Cualquiera que fuese el contraste entre el renombre sanguinario de Robespierre y su papel de restaurador de la idea divina, salió de aquella sesion mas grande que cuando entró. Habia arrancado con una mano valiente el sello de la conciencia pública, y aquella conciencia le respondia en la nacion y en toda la Europa por un secreto aplauso. Se habia fortificado y habia, por decirlo así, intentado consagrarse á sí mismo, haciendo alianza con la mas alta idea de la humanidad. El que confesaba á Dios á la faz del pueblo, no tardaria mucho, decian, en desaprobar el crimen y la muerte. Todos los corazones fatigados de odio y de combates, deseaban interiormente en Robespierre el poder. Este daseo general de un gobierno de opinion, es ya el poder en efecto. Habia tomado la dictadura moral aquel día sobre el altar de la idea que habia proclamado. La fuerza y la grandeza del dogma que acababa de restituir á la república, parecia rodear su nombre. Al dia siguiente se trasportaron al Panteon los restos morta-

les de Juan Jacobo Rousseau, para que el maestro participase del triunfo del discípulo. Robespierre inspiró aquel apoteosis, dando por aquel homenaje á la filosofía religiosa y casi cristiana de Juan Jacobo Rousseau, su verdadero sentido á la revolucion.

